

El subjetivema y la construcción

de imaginarios
socioculturales

Subjectiveme and the Construction

of Sociocultural
Imaginaries

Luis Javier Hernández Carmona*
Universidad de Los Andes, Venezuela

* Luis Javier Hernández Carmona (Boconó, Venezuela, 1957) es profesor titular de la Universidad de los Andes, Venezuela. Doctor en Ciencias Humanas (LUZ) y coordinador General Laboratorio de Investigaciones Semióticas y Literarias (LISYL-ULA). Miembro Correspondiente de la Academia Venezolana de la Lengua. Correspondiente de la Real Academia Española. Algunas de sus publicaciones son: “La pedagogía de la sensibilidad y los acercamientos al sujeto descentrado (*Revista Educere*, 18(60), mayo-agosto, 2014, pp.229-236), y “Los campos enunciativos y las disyunciones del yo. Una lectura desde Michel Foucault” (*Estudios sobre Michel Foucault*, 2014). Correo electrónico: luish@ula.ve



Recibido: noviembre 7 de 2014 * Aprobado: noviembre 30 de 2014

Resumen

Más allá de la concepción lingüística-gramatical, y a partir del enfoque onto-semiótico, queremos destacar el subjetivema como construcción simbólica que crea una territorialización de la sensibilidad a partir de la función existencial que posibilita la intersubjetividad entre los sujetos enunciantes-atribuyentes. De esta manera, la patemización corporal se desdobra en variados y disímiles discursos que incorporan como isotopías concatenantes la memoria, la historia, el mundo primordial del sujeto y las diferentes representaciones analógicas de una cartografía sensible dentro de la dinamicidad discursiva. En todo caso, el subjetivema será la eventualidad del volver a sentir, y al mismo tiempo, la reconstrucción de imaginarios socioculturales que intercambian sus posibilidades de interpretación en medio de una dialogicidad sensible que reafirma a los enunciantes a partir de marcas conscientes e inconscientes desdobladas en los espacios comunitario-colectivos.

Palabras clave

Cultura, Isotopías, Ontosemiótica, Subjetivema, Sujetos.

Abstract

Beyond the linguistic-grammatical conception, and from the onto-semiotic approach, we want to highlight the subjectiveme as a symbolic construction that creates a territorial sensitivity from the existential function which allows the inter-subjectivity among the enunciating-attributing individuals. Thereby, the corporal pathemization unfolds in varied and dissimilar discourses which are incorporated as concatenating isotopies: memory, history, the individual's primordial world and the different analogical representations of a sensitive cartography within the discursive dynamicity. In any case, the subjectiveme will be the eventuality of feeling again. And at the same time, the reconstruction of socio-cultural imaginaries that interchange their possibilities of interpretation in the middle of a sensible dialogicity which re-affirms the enunciators from conscious and unconscious marks, unfolded in community-collective spaces.

Keywords

Culture, Isotopies, Onto-Semiotics, Individual, Subjectiveme.

Con este artículo se pretende enfocar el discurso cultural como perspectiva de la acción humana que involucra una profunda relación intra e intersubjetiva a manera de interrelación entre los sujetos enunciantes y sus entornos. En todo caso, esta resignificación de lo percibido se puede determinar como una reescritura entre los sujetos enunciantes que interactúan desde dos enfoques: uno hacia dentro y el otro hacia fuera, en correlación a un proceso de interpretación a través del discurso que es el ente de mediación no solo lingüístico-lexical, sino a nivel simbólico-metafórico; a manera y razón de recursos estilísticos para configurar los mundos posibles o imaginarios socioculturales¹.

Bajo esta premisa surge el subjetivema y su funcionabilidad en cuanto a la traslación sensible-afectiva que opera en la construcción de imaginarios socioculturales, desde donde se articulan importantes variables tales como la memoria, la tradición y las concepciones de ciudadanía, formas de pertenencia a un espacio determinado que evidencian los niveles empáticos y de identificación que permiten establecer relaciones de interpretación más allá de las concepciones sociologistas o eminentemente positivistas. Para ello distinguimos la mediación entre conciencia histórica y conciencia cósmica, dos formas de construir lateralidades que posibilitan distinguir el *continuum* histórico frente a las apreciaciones íntimas de los enunciantes y sus particulares formas de acercarse a la realidad.

En este sentido, lo definido a razón de conciencia histórica está representado por la historia cronológico-conmemorativa instaurada como paradigma y discurso del poder que demarca el decurso del tiempo. Mientras que conciencia cósmica es la representación del proceso de afectivización de la realidad, tal es el caso de las nociones de patria chica, aldea cósmica o las interpretaciones desde los ámbitos del mito. Todos ellos constituyen procesos de refiguración de la realidad en nuevas formas de crear lógicas de sentido a partir de lo subjetivo, formas que posibilitan un giro hacia entidades fundacionales que permiten establecer puentes con el pasado como instancia salvífica o de reconversión del sujeto desde lo espiritual.

1 La noción de imaginario es asumida a través de las propuestas de Castoriadis, quien lo esboza como: “Todo lo que se presenta a nosotros, en el mundo social-histórico, está indisolublemente tejido a lo simbólico. No es que se agote en ello. Los actos reales, individuales o colectivos –el trabajo, el consumo, la guerra, el amor, el parto–, los innumerables productos materiales sin los cuales ninguna sociedad podría vivir un instante, no son (ni siempre ni directamente) símbolos. Pero unos u otros son imposibles fuera de una red simbólica” (Castoriadis, 1983, p.201). Y dentro de esta red simbólica ubicamos el subjetivema como elemento de producción de sentido y significación.

La base fundamental de esta propuesta parte de la relación del sujeto enunciante y los contextos desde el lenguaje a modo de elemento de mediación, reconocimiento y autorreconocimiento. En ella, el sujeto enunciante establece una mediación óptica con los contextos y se transfigura en sujeto sensible que aprehende la realidad a partir de la relación intersubjetiva que posibilita la afectivización de esa realidad por intermedio de la creación de un logos subjetivo, experiencial²-patémico, que es la base de toda formación discursiva.

Enunciación y subjetivema: una diversa forma de identificar el mundo

Desde el punto de vista lexical-lingüístico, los subjetivemas han sido definidos como adjetivos subjuntivos que sirven para calificar positiva o negativamente; también determinados como palabras con alto contenido sentimental por parte de los sujetos enunciantes; expresiones de juicios de valor que manifiestan la opinión de alguna persona. El subjetivema generalmente ha estado estipulado a modo de marca entre lo objetivo y lo subjetivo, donde lo subjetivo denota la participación sensible del sujeto que produce el discurso. Bajo esta perspectiva, el subjetivema ha sido contenido como eslabón de la teoría de la enunciación que permite rastrear la huella del enunciadador a través de diversos aspectos: los índices de la persona, las marcas espacio-temporales, los tiempos verbales, las cargas valorativas del léxico y la polifonía, entre otras.

Es de hacer notar que el uso del término subjetivema lo proponemos más allá de la marca lexical-lingüística o agente modalizador del discurso en su tentativa discursiva. Lo hacemos en función a la sensibilidad trascendida en acción humana dentro de la contextualidad cultural, en tal caso, enfocados en el orden simbólico-extradiscursivo donde las expresiones se transfiguran en desdoblamiento de la corporalidad sensible que evidencia la particularización de un existencial. Como ejemplo concreto, podemos mencionar la nostalgia o la figuración del discurso estético, así como también el mito, la historia y el discurso multicultural. Estos son evidencias de la legación subjetiva-sensible de los enunciantes a partir de la figuración extradiscursiva que encuentra en el arte y la literatura su mejor escenario para la construcción de imaginarios, que luego se hacen proyección colectiva.

2 Logos construido y constituido a partir de las vivencias reflexionadas de manera sistemática. De allí que la vivencia se configura a manera de práctica humana.

El subjetivema es isotopía, contenido en mundos narrados desde la memoria y la nostalgia como recursos para convocar las regiones más íntimas, y desde ellas, enunciar un presente histórico atravesado por la necesidad de recuperación de los tiempos vividos. Así, memoria y nostalgia se establecen en la dualidad de sentidos y significaciones al representar las posibilidades de recuperación de lo vivido a través de la sublimación del referente evocado en los mundos narrados, en la construcción de mundos posibles que alegorizan realidades patemizadas a partir de la memoria y la nostalgia, los lugares para vivir lo vivido desde perspectivas diferentes. De esta manera, tiempo, memoria y nostalgia son *constructos* íntimos que permiten ficcionalizar las experiencias, narratizar la vida entre lo histórico y lo sensible.

La nostalgia como subjetivema está presente en el discurso estético en todas sus dimensiones, es el agente dinámico que estructura la poesía del venezolano Vicente Gerbasio, del uruguayo Mario Benedetti, y aún más, en la narrativa de Gabriel García Márquez es el detonador de la memoria mágica que se libera en el acto de la escritura. Tal es el caso de *El general en su laberinto*, novela en la que la figura de Bolívar se engrandece en el ocaso de la vida y las dificultades, a través de su metamorfosis en ser humano que sufre y padece, del héroe que bajó del bronce para mirar la historia desde las fronteras de la ficción. En este sentido, la historia se hace hipérbole nostálgica que permite asumir el referente desde la ensoñación y vindicar la utopía como la máxima expresión del ser humano y sus proyecciones éticas, o la discurrencia del espíritu en un presente cargado de pasado bajo la sospecha de un futuro incierto. Se trata de intentar malear el pasado sin alterarlo, como lo ha intentado la literatura cuando frecuenta la historia y la ficción desde las perspectivas del subjetivema.

Mientras que en el caso de Vicente Gerbasio, su poesía utiliza la nostalgia como el catalizador de sus textos, es la “niebla” que se descorre lentamente frente a sus ojos develando el mundo que solo el yo de la enunciación puede ver y transmitir a través del discurso poético y el lugar donde se junta la subjetividad del texto con la del lector y se potencia la intencionalidad, se logra el cometido de la escritura como hecho comunicacional a partir de la recurrencia de la intimidad. En Gerbasio, la nostalgia está unida al concepto de región cósmica, lugar desde donde se enuncia el acto de la escritura, o al cual se pretende llegar por medio de la escritura: “Dejaste en mi existencia la nostalgia del mundo: Adoro las ventanas que tiñen los crepúsculos, / contemplo las estampas de algún campo del norte, / elevo las aldeas a nevadas del cielo / y un reno silencioso se yergue en mi silencio” (Gerbasio, 2004, p.174).

Es una poética vivencial que está traspasada por la autobiografía, o más bien, la reconstrucción autobiográfica de un entorno que se ensueña y al mismo tiempo se hace propio, terreno conquistado a través de la palabra poética. Es el espacio autobiográfico-biográfico como especialización de una minucia cotidiana desde el énfasis emocional que se transfigurará en la verdadera obsesión de la memoria: una memoria biográfica que alimenta el mito del yo. Al respecto, se desarrolla una concatenación referencial de subjetivemas que determinan la posicionalidad discursiva del enunciante lírico entre padre, aldea y nostalgia, aspectos que posibilitan hacer un arqueo simbólico: marcas simbólicas que actúan como subjetivemas al encadenamiento emotivo, volitivo, subjetivo, sobre la construcción del mundo simbólico que deviene de un movimiento discursivo intra e inter-subjetivo, pero al mismo tiempo, genera significación y sentido por medio de una relación de intersignificaciones. Bajo este procedimiento estético se logra una contextualización de lo sensible como territorialización de la sensibilidad que logra la operatividad discursiva a través de la reapropiación de sentido y su conciencia existencial, reafirmando que la subjetividad se hace trascendente en la esencialidad, más allá de la subjetividad humana y en el ámbito de lo poético como el lugar para habitar a partir de lo simbólico.

Pero si vamos más allá de los textos artísticos, encontramos la nostalgia dentro de la historia de las ideas latinoamericanas. La nostalgia conduce a la revalorización del hecho histórico desde la cercanía, para hacerlo íntimo, asimilable, creíble, y así trasladarlo hasta las regiones de la utopía. En la mayoría de discursos históricos, por no decir en todos, se percibe una nostalgia, no aquella nostalgia lugar común que nos vuelve a la infancia, sino por aquella solidaridad que pretendemos construir alrededor del hecho histórico. Se da la nostalgia por lo excluido, la sensibilidad frente a lo incierto del futuro, o la querencia a vivir el pasado como se hubiese soñado, y no como lo impone la dinámica del presente. En palabras de Benedetti (2004):

Quando sentimos nostalgia del presente, del verdadero presente que merecen los jóvenes, sabemos que ahí no tienen cabida los que falsean. Hoy se hallan frente a un presente adulterado, apócrifo; mas, por debajo del mismo pueden vislumbrar eso que en pintura se llama *pentimento*, o sea, el cuadro primitivo. Nuestra nostalgia se refiere pues a ese *presente-pentimento*, a ese presente que debió ser, y está semioculto, cubierto por los barnices capitalistas, liberales, socialdemócratas. (p.38)

Desde esta visión, la nostalgia es subjetivema que actúa entre las esferas del sujeto y el espacio social, es productora de semiosis, punto de encuentro de la creación literaria y las incidencias sociales que influyen en el productor de arte. La nostalgia no es dolor: es goce como lógica de sentido, reminiscencia de la subjetividad, del espíritu humano enlazado en la facultad de articular textos artísticos que muestren el profundo sentir de un ser social. La nostalgia en el espacio semiótico de la intersubjetividad es la confluencia de una red de significaciones que nos permite ir hacia el *logos sentimental*, y desde allí, crear una perspectiva de análisis desde el texto hacia el contexto, en direcciones duales, en sentidos compartidos. En nuestro caso concreto, el término nostalgia se convierte en universo semiótico, materia significativa que va a generar múltiples significados, que le confieren un profundo dinamismo.

Bajo estas referencialidades, el sujeto sensible establece una mediación óptica con la realidad tangible e inmanente. Entendemos como mediación óptica el proceso dual que contiene el principio intrasubjetivo que se desdobra en una relación intersubjetiva. Por ende, la mediación óptica es una especie de tamiz que une lo percibido con el campo vivencial-experencial del sujeto enunciante, porque si todo discurso tiene una intencionalidad comunicativa, también contiene una intencionalidad subjetiva. Esta queda generalmente enmascarada, porque todo discurso es una máscara: el elemento primordial del discurso es ocultar, ya que el discurso, cuando oculta, salvaguarda el mundo interior del sujeto, tal y como sucede en el discurso estético. El discurso está lleno de formas de decir encubriendo, porque es el espacio lícito que la norma ofrece para transgredir la normativa discursiva a través de licencias estéticas.

La mediación óptica es un proceso de resignificación del sentido y significado de los discursos, más aún si asumimos las teorizaciones de Paolo Fabbri en *Táctica de los símbolos* (2001), donde todo elemento empírico es potencialmente subjetivo y se reafirma a partir de la consolidación en los espacios de la enunciación o circunstancialidades enunciativas, permitiendo al logos subjetivo permanecer en el orden simbólico del discurso y establecer así relaciones intersubjetivas. A ese logos subjetivo lo determinamos como subjetivema, concepto que estará muy ligado a los de fiducia subjetiva de Greimas y Fontanille (1994).

La fiducia subjetiva corresponde a intentar nombrar el mundo circundante a través de la sensibilización pasional del discurso que va más allá del sujeto enunciante y se proyecta dentro de la red intersubjetiva producida entre sujeto enunciante-discurso-sujeto enunciante-contexto, y además, en la pasión que acerca

los extremos entre el *conocer* y el *sentir*, para así producir la realidad subjetivada y constituir el sujeto enunciante como ser de intencionalidad del deseo, de interioridad con el discurso inmerso en una red intersubjetiva. Desde allí se puede establecer la relación de significación y representación semiótica-hermenéutica. La fiducia subjetiva será la que genere la estesis “como un ‘volver a sentir’ el estado límite y como espera de un retorno a la fusión” (Greimas y Fontanille, 1994, p.29).

De allí que estamos hablando de una propuesta de interpretación del acontecimiento y del sentido más allá del acontecimiento, es decir, por medio de lo poli-figurativo: la metáfora. Con base en lo anterior, el mundo interpretado se establece a manera de significación-resignificación de lo percibido y transformado en discurso a través de la interacción sujeto-mundo, donde el discurso se hace una lectura que involucra diversas y disímiles maneras de concebir el mundo narrado, esto es, el mundo simbolizado que adquiere forma de texto en sus diferentes variantes discursivas y simbólicas. El discurso es más profundamente revelador mientras más oculte, esto es, mientras más valor simbólico adquiera a través de los enunciados metafóricos. La metáfora es vista como la reproducción de un espacio subjetivo trascendente, enfocada esta desde la perspectiva de Ricœur y sus postulados sobre *La metáfora viva* (2001) y los niveles de la representación simbólica. Ricœur (1975) afirma: “Al simbolizar una situación por medio de otra, la metáfora ‘infunde’, en el corazón mismo de la situación simbolizada, los sentimientos vinculados a la situación que ella simboliza” (p.241).

Por lo tanto, el subjetivema forma parte de la arquitectura sensible del enunciante desde la cual se puede delimitar una cartografía del sujeto en la que intervienen factores de singular importancia dentro de la construcción del discurso como son: la patemización, el mundo íntimo y la subjetividad. En este sentido, el subjetivema está profundamente ligado a la función existencial del discurso, puesto que todo discurso es una declaración o aseveramiento del sujeto enunciante dentro de unas circunstancialidades enunciativas específicas. En él, el sujeto enunciante se transfigura en sujeto atribuyente de significaciones a través del significado atribuido que pasa a constituir un referente discursivo compartido por otros enunciantes en torno a relaciones, las enunciativas, que se mueven entre ellos y sus escenarios de enunciación.

Desde esta perspectiva, el discurso es visto a manera de lectura de la sensibilidad desdoblada en alternativas de interpretación en función de los sujetos sensibles, sus necesidades subjetivas y de comunicación que configuran lógicas de senti-

dos e involucran la objetividad construida desde las referencialidades íntimas de los enunciantes. A esos procesos consecutivos de interpretación los rige indudablemente lo sensible-experencial de los sujetos enunciantes que integran a los espacios de reflexión sus espacios intrasubjetivos. De esta manera, la dinámica interpretativa de los discursos desencadena una serie de procesos consecutivos que conforman la interpretación de lo percibido, desde experiencias particulares hasta relaciones de significación contenidas en lo colectivo.

A tal efecto, se asume la ontosemiótica³ o semiótica de la afectividad-subjetividad como perspectiva metodológica donde la red intersubjetiva es el sistema constituyente de sentido gracias a la combinatoria de todos los elementos que crean su relación de significación, e indistintamente, estos elementos pueden ser: inmanentes o trascendentes; reales o imaginarios, puesto que la atención se centra en la transformación a través de las vivencias particulares (cotidianidad) y en la asunción del *hecho trascendente*⁴ que produce el movimiento intrasubjetivo, en primera instancia, y posteriormente establece la relación de intersubjetividad.

Por lo tanto, la subjetividad trascendente impele dentro de los espacios del discurso cuando el sujeto enunciante tiene conciencia y se autorreconoce en esa subjetividad y la interpreta como su reflejo simbólico-trascendente; y la prueba fehaciente de ello son los discursos que apuntan hacia una filosofía del lenguaje. El subjetivema en su máxima expresión lo encontramos en estructuras simbólicas profundamente complejas como el mito, el arte, y en general, en los imaginarios socioculturales que van constituyendo campos de representación simbólica en el devenir de la historia y las sociedades. Y de allí surge el alma como materialización del subjetivema que representa la presencia mística dentro de los hombres y todos los desdoblamientos éticos-morales que ello significa en la evolución de la humanidad.

Desde este punto de vista, el discurso se constituirá en argumentación del sujeto dentro de la subjetividad trascendente que permite crear lazos empático-

3 Tradicionalmente la definición de ontosemiótica está relacionada a la matemática en función del conocimiento matemático y su vinculación con la intención didáctica, privilegiando las relaciones cognitivas. Mientras que nuestro enfoque está orientado hacia una semiótica del sujeto y la sensibilidad cultural, bajo las relaciones intersubjetivas implícitas en los diversos discursos.

4 A partir de las concepciones de Wittgenstein (2003) sobre el mundo como totalidad de los hechos y no de las cosas, asumimos la concepción de *hecho trascendente* para referir lo que sucede al individuo en su perspectiva intrasubjetiva y le permite verse reflejado en la autoconciencia propulsada por la meditación y reflexión desde su interioridad misma. Hecho trascendente en nuestro caso será aquel que se diferencia del simple hecho lingüístico de nombrar lo que acontece o acaece y se permite simbolizar los estados del sujeto frente al estado de las cosas.

identitarios entre los enunciantes y los espacios que los rodean y la subjetividad trascendente⁵ que desborda las simples cualidades sensibles de los enunciantes y posibilita la constitución de una base fundamental de imaginarios que rebasan la memoria histórica y logran la figuración de la memoria cósmica. Estos son los vértices integrantes de todo discurso cultural donde la memoria histórica será la tendencia a objetivar la realidad mediante el acto de narrar como la forma de perpetuar lo acontecido.

Dentro de la configuración estésico-trascendente aparece la memoria cósmica que subvierte los órdenes históricos, y por ende, crea una objetivación a partir de la imaginación –tal es el caso del mito–. Pero quizá una de las mayores demostraciones de la operatividad del subjetivema y su desdoblamiento en cuerpo sensible-simbólico que transfiere a una realidad no objetivada en la inmanencia sino en la construcción de una lógica de sentido subjetivada, son los actos de fe los que sostienen las creencias religiosas. Por lo tanto, es innegable la significación existencial de todo discurso que además de reconocerse en otros, permite un autorreconocimiento de los enunciantes. Asimismo, constituye una base fundamental en la construcción de los discursos míticos o ficcionales que soportan diversas argumentaciones tanto religiosas como literarias, e indudablemente, fundamentan, junto a la conciencia histórica, los imaginarios socioculturales.

De esta manera, lo vivencial, el sujeto, lo afectivo-subjetivo, son elementos determinantes en la construcción de los imaginarios culturales, donde lo vivencial permite hacer propio lo ajeno y lo extraño a partir de las afectivizaciones que proveen las vivencias y experiencias a través de las diversas agregaciones que el sujeto va haciendo en su devenir tanto íntimo como colectivo. Tal es el caso de la hibridación que se produce entre lo blanco, lo negro y lo indio en América, ya que estas agregaciones se fundan en gran medida en las mixturas e híbrides culturales que paulatinamente se convierten en nociones de ciudadanía para los sujetos enunciantes-atribuyentes que cohabitan en un contexto histórico-social. Porque si existe empatía, existe intersubjetividad, y al mismo tiempo, si existe intersubjetividad, coexiste la posibilidad del intercambio simbólico entre sujetos enunciantes. De esta manera, la intersubjetividad será sinónimo de intercambio

5 Bajo esta referencia es importante referir que la subjetividad puede, o más bien, es condicionada por los discursos del poder: la creencia en Dios desde los postulados de la Iglesia, el amor a la Patria, los valores, la ética. Aquí lo trascendente desaparece del discurso y de los rasgos empáticos-subjetivos del individuo.

simbólico, e intercambio simbólico es semejante a la creación de un espacio de intersignificación, espacio semiótico soportado en el cuadrante semiótico:

Sujeto enunciante → Objeto enunciado

Sujeto enunciante → Espacios de la enunciación

Aquí es menester referir que en el cuadrante semiótico sugerido juega un papel fundamental la posicionalidad del enunciante y la variabilidad referencial en torno a las circunstancialidades enunciativas que generan los espacios enunciativos. Así que la posicionalidad enunciativa y la variabilidad de la sensibilidad es la base que nos permite inferir sobre los centramientos⁶ o descentramientos de la subjetividad como campo semiótico y de la representación en discursos del centro o de la periferia, y en referencia a un ego que medita tanto desde el campo vivencial como del campo simbólico. En todo caso, el subjetivema permite el centramiento de un yo enunciante que al mismo tiempo se va a convertir en texto resemantizado, por lo tanto, el sujeto es un texto-discurso que crea todo un proceso de significación-resignificación bajo una potencialidad simbólica discernible a través de diferentes enfoques de interpretación, entre ellos, el ontosemiótico.

En tal sentido, el subjetivema se constituye en referente vivencial que generará proyecciones desde la exploración de la sensibilidad, privilegiando el espacio subjetivo como generador de isotopías que permiten establecer el orden dialógico entre los elementos interactuantes dentro del discurso, además de establecer una red intersubjetiva que posibilita el sostenimiento, proyección y consolidación de los discursos en el tiempo y el espacio. Y esta dialogía del subjetivema faculta la demarcación del sujeto sensible dentro del discurso, y a partir de una dialogicidad semiótica, el enunciante se desdoblará en diversas instancias o marcas subjetivas representadas por el sujeto inmanente interior, los múltiples sujetos interiores, el sujeto como texto y las proyecciones enunciativas, intersubjetivas, circunstanciales y contextuales. De esta manera, la subjetividad se articula como soporte lingüístico-argumental del discurso y sus modalidades simbólicas.

En todo caso, el ideal se convierte en subjetivema y el subjetivema en ideal para pretender aprehender lo trascendente a través de los discursos que obviamente tienen una inclinación a la corporalidad sensible a razón y meta de los sujetos

6 Para ello, asumimos las teorías de Edmund Husserl (1985) sobre el centramiento del yo para la modalización de la certeza, donde el ente es un cómo subjetivo que se puede interrogar, esto es, transfigurar en campo simbólico; para nosotros en campo semiótico. De hecho, el sujeto y su desdoblamiento en el discurso es una proposición subjetiva en los planos de la afectividad de la vida y la intimidad de la persona.

enunciantes. Así lo contiene el discurso estético al representar la experiencia desde lo sensible que intenta una corporalidad a partir de la obra, porque siempre existirá el lenguaje como código mediador entre quien enuncia por medio de la obra estética y quien la percibe, donde el cuerpo orgánico de la obra se transfigura en cuerpo simbólico que está establecido a través de la doble articulación o figuración del discurso estético, creando el instante estésico-trascendente, escenario de la corporalidad sensible.

En esta operatividad del subjetivema dentro de la esfera poético-discursiva, la poesía es la repatriación del sentimiento/sensibilidad, especie de exilio salvífico que ampara al enunciante dentro de la movilidad del lenguaje a través de las metáforas de la sensibilidad (subjetivemas) que son imágenes móviles donde el pensamiento trata de reconocerse en el lenguaje como forma de resarcir las ausencias, las carencias. La repatriación hacia una espacialidad-temporalidad de la sensibilidad devela los espacios íntimos del enunciante a partir del entrelazamiento entre escuchar y mirar, analogías de leer y escribir: formas de narrar el mundo desde instancias vivenciales que se hacen universales al contener enunciados filosóficos que homologan al sujeto y sus circunstancias homónimas. Aquí la poesía es mundo interior que requiere de un escucha, forma de ver, de percibir lo imperceptible, lo figurado e intrasubjetivo convertido en imaginario sociocultural y sostenido desde las esferas de la subjetividad.

Y si de ubicar contextualmente esos subjetivemas, esa relación triádica la podemos asociar con un movimiento del espíritu como lo es el Romanticismo, y precisamente en esa contextualidad discursiva, el ser enunciante en su metáfora de sujeto sensible subvierte los órdenes sociales y estéticos, dado que el subjetivema es un elemento profundamente subversivo porque pertenece a la revuelta íntima⁷ que forma parte de la esencia subjetiva del enunciante. Y desde esa perspectiva, el subjetivema se desdobra en campos simbólicos como el erótico e irónico, formas de deconstruir el mundo a partir del discurso y recomponer simbólicamente las realidades históricas: los imaginarios socioculturales.

Ello nos demuestra que el subjetivema está intrínsecamente ligado al sujeto enunciante-atribuyente a partir de lo íntimo-vivencial, potencialidad discursiva que viabiliza las relaciones intersubjetivas, donde el subjetivema se hace

7 Evocamos en este caso el concepto de revuelta íntima formulado por Julia Kristeva (2001) como un retorno crítico sobre el que el sujeto tiene conciencia de ser él mismo, forjando un principio identitario que le permita reconocerse como otro desdoblado en el discurso.

instancia colectiva a través del discurso como un objeto atribuido que logra su proyección-atribución en un espacio enunciativo determinado, bajo el desdoblamiento del sujeto en los imaginarios culturales. De esta forma, la incorporación del subjetivema a manera de *hecho trascendente* en los discursos nos posiciona dentro de un *giro semiótico* hacia el individuo en una ontosemiótica que en los discursos estéticos alcanza su mayor trascendencia y aún más, si partimos de la premisa de la carga subjetiva de todo discurso que se hace fragmentario a partir de su circulación en la esfera vivencial del enunciante que a retazos discursivos va reconstruyendo su sistema de representación.

Por lo tanto, el subjetivema se convierte dentro del discurso en marca indicial que muestra los desdoblamientos del sujeto a partir de los rasgos conscientes e inconscientes, y bajo esta perspectiva, permite delimitar el mundo de las cosas y el mundo del sujeto, o mejor dicho, el mundo del sujeto en interrelación del mundo de las cosas y el orden simbólico establecido en los discursos y sus articulaciones.

El subjetivema y la operatividad de la subjetividad

Todo discurso comprende una cualidad sensible que interactúa en las referencialidades de significación-resignificación desde enunciados metafóricos que establecen una relación entre el símbolo como vehículo significante y el discurso y su función significante. Obviamente, la referencia que se pretende establecer es a partir de las figuraciones del símbolo como detonante de significaciones extradiscursivas que permiten que los enunciados en su función significante tengan mayor proyección y consolidación dentro de los imaginarios socioculturales. Desde estas evidencias se infiere una dialogicidad simbólica que involucra al individuo y al texto, al símbolo y su articulación del doble sentido entre lo aparente y lo figurado, y la conciencia subjetiva que subyace en todo discurso como base fundamental.

Tradicionalmente se ha afirmado que los discursos son estimulados por una necesidad comunicativa o comunicacional, completamente conteste con esa afirmación. Pero también se elaboran los discursos por una necesidad subjetiva, donde el conocimiento se trasmuta en doble perspectiva de lo objetivado/subjetivado, creando lógicas de sentido a través de la subjetividad, por lo que podemos referir un conocimiento subjetivado que establece interrelaciones por medio de las afinidades afectivas, creando el nivel simbólico más allá de lo meramente cognoscente. Entonces, el conocimiento se hace necesidad subjetiva, y a su vez, la necesidad subjetiva se hace conocimiento.

Por ello, podemos hablar de una territorialización de la sensibilidad dentro de los discursos de la configuración de esos universos simbólicos e imaginarios, tales como la memoria, ese recurso que no solamente es el almacenaje de recuerdos, experiencias o conocimientos, sino también referente de autorreconocimiento del sujeto dentro de su campo patémico. Aquí se puede ilustrar esa estructuración simbólica revisando las concepciones o perspectivas de la historia, bien sea desde la universalidad o con base en función a una contextualización regional determinada. Y esto tiene que ver mucho con los reconocimientos del ser enunciante en su principio identitario, según Ricœur (1975), desde lo *ipse* o lo *ídem*. En ambas formas, el sujeto enunciante recurre a su campo vivencial-afectivo para reafirmarse en el discurso.

He allí las grandes diferencias entre historia universal, historia nacional, o historia de la patria chica. Tres formas de narrar realidades, de construir imaginarios desde diferentes circunstancialidades emotivo-enunciativas. Todas buscan un grado de objetivación en el registro de los hechos, al mismo tiempo que difieren de los puntos de abordaje cuando la necesidad subjetiva regenta el hilo del discurso. En consecuencia, las historias de la patria chica tocan más de cerca a los individuos; en ellas la subjetivación se hace mayor porque no se trata de un acto de simple registro de acontecimientos, sino que el discurso se carga de profunda carga afectiva, creando una semiosis donde el subjetivar se convierte en procedimiento para situar lo comprendido, respondiendo a un acto profundamente hermenéutico.

Como un ejemplo claro y concreto dentro de la construcción de imaginarios socioculturales a través del subjetivema, o a más decir, de la subjetivación como proceso estructurante del discurso, tenemos el proceso independentista americano. Y específicamente la obra del Libertador Simón Bolívar, en la que un sujeto sensible subyace en los diversos discursos políticos, bélicos, proclamas y decretos. Sujeto sensible que recoge una tradición que comenzó con la ajenidad del colonizador que paulatinamente se convirtió bajo una territorialización de la subjetividad fraguada en tierras americanas. Entonces, la historia del otro se hace mi historia, el discurso del otro se hace mi discurso por las afinidades sensibles desdobladas en la utopía, la cercanía territorial, la coincidencia cultural, los sueños libertarios, tal y como queda expresado en este fragmento del Discurso de Angostura (1819/2001):

Dignaos, Legisladores, acoger con indulgencia la profesión de mi conciencia política, los últimos votos de mi corazón y los ruegos

fervorosos que a nombre del pueblo me atrevo a dirigiros. Dignaos conceder a Venezuela un Gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz. Un gobierno que haga triunfar bajo el imperio de leyes inexorables la Igualdad y la Libertad.

Bajo esta reflexión, estamos frente a una textualización de la sensibilidad, demostrando que la sensibilidad se hace argumentación por medio del discurso, estableciendo una cartografía representacional de la manifestación de lo subjetivo como universo simbólico dentro de los actos de producción discursiva. Y dentro de esa producción discursiva será el subjetivema el ente responsable de la trascendencia del discurso a partir de la transfiguración del espíritu que encuentra un logos enunciativo que interprete sus espacios más íntimos y sentidos. Bajo esta referencia, el mundo del sujeto contextualiza el mundo de las cosas con base en un discurso que tiene una relación consignable con el mundo real-objetivo, creando una lógica de sentido que desde la subjetividad otorga una causalidad simbólica que se hace certeza dentro de una causalidad paralela a lo real objetivo, y así surge la conciencia histórica y la conciencia mítica como formas de leer el mundo bajo la creación de un paralelismo semiótico.

Con base en esta exploración íntima del discurso y los ya comentados desdoblamiento del sujeto en él, el sujeto enunciativo adquiere un importante rol dentro de la configuración de los imaginarios socioculturales: el de sujeto deseante que articula desde el discurso las necesidades subjetivas que le otorgarán una identidad modal a partir de los estados del sujeto. Y en este sentido, ingresa, dentro de la operatividad del discurso, el cuerpo como escenario de la enunciación-narración, espacio y tiempo de la enunciación que intenta ordenar, darle sentido a los acontecimientos en los que se encuentra inmerso. Por lo tanto, una experiencia ordinaria, heterogénea y discordante podrá, en función del narrar/contar, comprender y ordenar la significación de los acontecimientos bajo la concepción existencial del narrar, desde donde reconfigura y construye los sentidos.

En tal sentido, estamos hablando de un cuerpo patemizado, sensibilizado, que se aleja de la corporalidad físico-biológica para establecer una relación extradiscursiva a través del texto y su figuración metafórica para que lo patémico sea narratizable en las posibilidades del imaginario, donde el ser enunciativo se mueve entre lo patémico y lo óptico, y en torno a una historia construida desde el narrar e imaginar, esto es, la creación de universos simbólicos que involucran al sujeto

enunciante en su esfera existencial, para quien la vida representa la experiencia como circunstancialidad enunciativa y el discurso es la posibilidad del distanciamiento para la reconfiguración del sentido.

Así, la interpretación discursiva contendrá en su esencia la imagen de lo representado/figurado; para ella, el subjetivema es isotopía determinante con el fin de anclar perspectivas de enunciación, al ser un desdoblamiento del sujeto y su cuerpo sensible que va a materializarse en el discurso como imagen del arquetipo corporal que se oculta y revela en los espacios metafóricos de las construcciones discursivas. En todo caso, es en las formas de narrar el mundo donde la imaginación se hace semiosis constelativa⁸ del sujeto para establecer una dinamicidad simbólica.

El cuerpo y los escenarios de metaforización

Tal y como hemos señalado anteriormente, el cuerpo es el receptáculo de la subjetividad, esto es, se configura en principio subjetivo que se desdobra en diversas metáforas que sublimizan la preeminencia de lo corpóreo en el discurso, y obviamente, de la figuración del subjetivema como principio fundamental dentro de los discursos y la configuración de imaginarios socioculturales. De esta forma se crea la signicidad colectiva que hace confluir al sujeto y al mundo de las cosas, siendo el cuerpo el cartograma discursivo contentivo de una arquitectura sensible viabilizada por medio del discurso en sus diferentes manifestaciones. Sujeto y semiosis en una construcción signica progresiva.

El subjetivema es la metáfora de la corporeidad sensible que en ningún momento abandona la esfera del discurso como sentida expresión del estado del sujeto. Ese desdoblamiento corpóreo constituye una corpohistoria⁹ o corpocultura que analogiza al sujeto y sus relaciones de pertenencia con los espacios socioculturales; tal es el caso de las concepciones de ciudadanía más allá de la concepción jurídica y sus acercamientos a las nociones a partir de una relación intersubjetiva entre el ser enunciante y su contexto inmediato, anteriormente referido bajo nociones de patria chica. Por lo tanto, la sensibilidad es una metáfora del sujeto, y

8 Utilizamos esta referencia hjelmsleviana para significar una semiosis coordinada, complementaria y solidaria con otras semiosis que se originan en los espacios simbólicos tales como las sociales, históricas, culturales, míticas.

9 Corpohistoria como una derivación de la conciencia del hombre y su pertenencia histórica en la transposición de la memoria desdoblada en tres facetas imprescindibles en la relación signica de toda cultura: la memoria histórica, la mítica y la íntima.

al mismo tiempo, el sujeto es una metáfora de la sensibilidad que se encubre en los enunciados metafóricos.

El subjetivema es facsímil del cuerpo, holograma del espíritu sensible que se distiende hacia la sublimidad por medio del discurso metafórico que le sirve de máscara en el momento de la producción discursiva para que fluya en el campo exponencial a razón de referente para corporeizar la exterioridad en sus diferentes acepciones. La ubicación del cuerpo a razón de entidad sensible acerca a la semiótica y la hermenéutica a través de la fenomenología, hace de la subjetividad el eje temático-isotopía que acompaña todo discurso, y de allí nuestra fundamentación del subjetivema como *constructo* sensible que se opone a uno ideológico o crasamente objetivo ya que el subjetivema es la metáfora de la corporeidad sensible.

Y dentro del cuerpo como texto conformado por una constelación de semiosis que van desde lo físico-orgánico hasta lo íntimo, el subjetivema es la eventualidad de volver a sentir la particularidad de lo vivido, y al mismo tiempo, de volver a lo reconstruido como existencial que llena por momentos dados la realidad del ser enunciante que intercambia roles sintácticos con el objeto atribuido para crear una nueva relación con el mundo a través de la red intersubjetiva. Por lo tanto, el subjetivema es la resignificación del sujeto y sus espacios en función de sus necesidades subjetivas y sus necesidades sociales: una resignificación del sujeto desde él mismo como espacio de la enunciación capaz de transformar eventos y circunstancialidades a partir de un orden simbólico.

Bajo estos argumentos se puede figurar una teoría de la sensibilidad basada en la formulación de los subjetivemas y su concatenación isotópica dentro de la producción de discursos; y sostenida en el cuerpo como el gran espacio de la metaforización de las “formas de narrar” el mundo, o más bien, corporeizar el mundo, para hacerlo espacio de resignificación del sujeto por medio del subjetivema, ese elemento que permite construir una lógica de sentido a través de lo sensible. En tal sentido, las imágenes, además de constituir una reproducción analógica de la realidad, son procesadas a partir de una relación intersubjetiva que posibilita la empatía entre los enunciantes involucrados, al mismo tiempo que crean imaginarios socioculturales en la agregación de procesos significantes.

Por lo tanto, el subjetivema es la metaforización (lugar de la representación-enunciación) de los cuerpos en lo intra e intersubjetivo. Por ello, el discurso y los imaginarios socioculturales están íntimamente vinculados a la subjetividad,

responden a un principio subjetivo que es la base de toda construcción sónica: la subjetividad como el momento de la experiencia (campo platónico de las ideas con una densidad ontológica) donde el cuerpo se hace imagen dentro de una memoria colectiva sometida y legitimada por las leyes del tiempo, asegurando su permanencia icónica-ideológica.

Por ello, y a manera de conclusión perentoria, podemos determinar que el subjetivema es una legación sensible del sujeto enunciante a través del lenguaje y dentro de la configuración de los imaginarios socioculturales. De allí que el subjetivema se transfigure en isotopía cultural que representa la homología entre el mundo sensible y el sustrato comunitario-colectivo como *constructos* que hilan la permanencia del individuo entre sus espacios íntimos y la relación con los otros. Al mismo tiempo, estos generan relaciones empáticas con los imaginarios que intentan dar cuenta de las realidades y circunstancias contenidas en los discursos históricos, culturales, míticos o estéticos; formas alegóricas que estructuran la transversalización de lo real-objetivo con lo subjetivo en la construcción de los sujetos y sus diferentes posicionalidades enunciativas.

Bajo esta premisa podemos establecer una relación entre los subjetivemas y la construcción de sentido en la interpretación de los acontecimientos, en la refiguración de los contenidos referenciales que constituyen la semiosis y sus disímiles desdoblamientos en los intentos por dar cuenta de la dialéctica simbólica de los sujetos y su inagotable fuente de nombrar el mundo desde lo intra e intersubjetivo y de prácticas y discursos a manera de leer el mundo como acción humana contenida en la expresión sensible del lenguaje, en esa potencialidad de nombrar desde el ser mismo, y para él ser, consustanciado en el otro.

Referencias bibliográficas

- Benedetti, M. (2004). *Memoria y esperanza (Un mensaje para los jóvenes)*. Barcelona: Ediciones Destino.
- Bolívar, S. (2001). *Obras Completas*. Caracas: Ministerio de Educación.
- Castoriadis, C. (1983). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Fabbri, P. (2001). *Tácticas de los signos*. Barcelona: Gedisa.
- García Márquez, G. (1989). *El general en su laberinto*. Bogotá: Oveja Negra.
- Gerbasi, V. (2004). *Antología Poética*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Greimas, A. J. y Fontanille, J. (1994). *Semiótica de las pasiones*. México: Siglo Veintiuno Editores.

- Hernández Carmona, L.J. (2013). *Hermenéutica y semiosis en la red intersubjetiva de la nostalgia*. Mérida: Universidad de los Andes.
- Hernández Carmona, L.J. (2013). La corpohistoria y las relaciones sémicas de la cultura. En *Semióticas de la imagen*. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- Husserl, E. (1985). *Meditaciones cartesianas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kristeva, J. (2001). *La revuelta íntima. Literatura y psicoanálisis*. Buenos Aires: Eudeba.
- Ricœur, P. (1975). *Del texto a la acción*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ricœur, P. (2001). *La metáfora viva*. Madrid: Editorial Trotta.
- Wittgenstein, L. (2003). *Tractatus lógico-philosophicus* (Traducción, introducción y notas de Luis M. Valdés V.) Madrid: Tecnos.

